

LOS CRISTIANOS EUROPEOS MIRAN AL MUNDO

La cristiandad tiene dentro de su propio corazón el anhelo de universalidad. Esta dimensión principal de la cristiandad ha marcado a Europa a cada paso en su historia espiritual, cultural, social, política y económica. Una razón para el expansionismo europeo en los siglos pasados tiene que encontrarse en estas raíces cristianas. Por eso, es difícil comprender el riesgo de una Europa volviéndose sobre sí misma, estrechando sus horizontes.

Mientras que la historia pasada veía a Europa extender su influencia y su poder por el mundo, con todos los errores que eso implicaba, la presente está asistiendo al riesgo de una Europa que se tiene a sí misma como referencia que está perdiendo la dimensión universal inherente a sus propios cromosomas. Hay expertos que creen que sólo Europa puede ofrecer al planeta la guía para un verdadero desarrollo humanista. Algunos hablan del “sueño europeo” para la creación de un nuevo esquema histórico de referencia que libere al individuo del yugo de la ideología occidental y, al mismo tiempo, vincule a la humanidad para una historia nueva, compartida, construida sobre los derechos humanos universales y los derechos intrínsecos de la naturaleza.

Desgraciadamente, no obstante, nosotros somos testigos, para citar sólo un ejemplo, del progresivo alejamiento de Europa del continente africano, al que estuvo estrechamente vinculada durante siglos. Podría decirse que el imperialismo ha sido reemplazado por la indiferencia. Y esto está sucediendo precisamente en un momento en que África atraviesa por un periodo de transición muy difícil que parece ser mucho más complejo de lo que se había supuesto. Por el contrario, ahora Europa debería ser consciente de su responsabilidad mediante una nueva cercanía con África. Después de todo, África y Europa tienen mucho en común en términos de historia, cultura y geografía. Esto debería unirnos para construir juntos un futuro compartido.

Algunos objetivos concretos están ya dentro del alcance de Europa: por ejemplo, la preservación del medio ambiente; el apoyo a la democratización; la cancelación de la deuda de los países más pobres; y la lucha contra las grandes urgencias médicas. Es políticamente prudente lograr una sólida coalición Europea a favor de la paz en el Mediterráneo y en África porque, mientras la guerra es una vergüenza para todos, la paz es un bien para todos. Y los europeos, habiendo experimentado el horror de dos guerras mundiales, saben muy bien lo que esto significa. Esta es una herencia que ellos deben ofrecer al mundo. Pueden mostrar que el proceso de integración europea ha nacido del deseo de terminar con los conflictos. Unidad europea significa primero y ante todo, paz interna. Uno puede comprender qué debería significar esto para África y para todos. Por tanto, no es sabio ni prudente abandonar a los países del Sur del mundo, empezando por África.

La globalización nos ha hecho a todos vecinos y por tanto dependientes los unos de los otros. En un mundo que por el momento está globalizado sólo en términos de mercado, los cristianos deben sentirse responsables para trabajar por la comunidad universal. En sus corazones, todas las Iglesias cristianas aspiran a la comunión entre pueblos y al mismo tiempo, la solidaridad con los más pobres que ha estado siempre en los corazones de los creyentes. Las Iglesias de Europa y las denominaciones cristianas, mediante sus palabras y su testimonio, deben contradecir cualquier abandono o tendencia a alejarse del Sur pobre.

Esto nace de la comunión que existe entre las Iglesias del Norte y las del Sur. Además, debe mostrar que el distanciamiento de las naciones ricas del Sur no sólo es imprudente, sino también políticamente corto de vista. Si el desequilibrio entre el Norte y el Sur crece, se pone en peligro la verdadera estabilidad del planeta.

Las Iglesias cristianas europeas con sus diferentes tradiciones necesitan ser conscientes de la urgencia de la tarea de infundir a los pueblos de Europa la solidaridad evangélica. El gran patriarca Atenágoras utilizó la expresión: “Iglesias hermanas, pueblos hermanos”. De este modo indicaba la estrecha relación que existe entre la comunión de las Iglesias y la comunidad entre el pueblo. El ecumenismo no es sólo un asunto interno para las Iglesias, es una tarea y una vocación que es particularmente urgente al comienzo de este nuevo milenio. Las Iglesias europeas están llamadas a hacer que el pueblo entienda el “destino común” que tienen. Muchas veces Juan Pablo II se ocupó de este tema: “La situación presente de la interdependencia planetaria ayuda a percibir mejor el destino compartido de la totalidad de la familia humana, favoreciendo en todas las gentes serias el respeto por la solidaridad” (*Insegnamenti*, XXII).

Los cristianos europeos no deben tener miedo de recordar a todos que la gran desigualdad entre ricos y pobres es insostenible. Esto sucederá si los cristianos europeos toman conciencia de que el Sur del mundo representa al pobre Lázaro que yace a las puertas del rico y se alimenta de lo que cae de su mesa. De ahí brota el compromiso para promover la solidaridad que corre hacia el Sur, un hecho que también ayuda a los políticos a reflexionar sobre la necesidad de una cultura de destino compartido como un marco para opciones políticas y económicas. Es un reto sobre el que los pensadores seculares y religiosos europeos deben reflexionar juntos, liberándose de las ideas que están demasiado vinculadas a la situación económica o son alarmistas, ideas que pueden dar fruto desde un punto de vista electoral pero que no construyen el futuro.

Existe una contribución particular que la cristiandad europea y la cultura humanista pueden dar al mundo. La cristiandad, no habiendo nacido como una religión de Estado,

puede ayudar a las diversas culturas y civilizaciones, por ejemplo, algunas islámicas, a comprender una secularidad que no implique separación de la dimensión religiosa.

Todos sabemos demasiado bien la perturbación que la teoría del “conflicto de civilizaciones” puede causar. Pero no hay duda de que hoy las Iglesias cristianas, con las europeas al frente, pueden efectivamente ayudar a las gentes a comprender una situación donde existe una distinción entre sociedad religiosa y sociedad civil. Después de todo, en un mundo globalizado este tipo de co-existencia ha llegado a ser una realidad. El problema es cómo liberarla del conflicto en orden a hacerla pacífica. Europa puede efectivamente mostrar el ejemplo de años de paz y de coexistencia. Su historia ofrece una herencia de ideas, cultura y sabiduría que debe presentar al mundo con gran generosidad y coraje.

Muchas gentes miran realmente a Europa como un ejemplo de sociedad equilibrada, en la que las fuerzas del mercado no prevalecen sobre el bienestar social, en la que la integración de inmigrantes está comenzando a avanzar no como una simple yuxtaposición sino como un diálogo de inserción dentro de un destino singular nacional y continental.

Las diversas tradiciones europeas cristianas –Católica, Ortodoxa y Protestante- deben encontrar nuevos modos de trabajar juntos para diseñar el modo en que los europeos transmitan los grandes valores humanistas que ellos pueden ofrecer a todo el planeta. El papa Benedicto XVI espera que haya una nueva alianza entre los cristianos europeos y el humanismo occidental. Esto podría ayudar a otras fes y culturas a trabajar por la coexistencia pacífica entre los pueblos del mundo. Éste no es un tema abstracto.

Uno de los aspectos más decisivos que lleva a Europa y a los cristianos, a comprometerse con la paz en el mundo, es la cultura del diálogo. Esta cultura se ha convertido ahora en parte de la herencia que mana de la larga, torturada historia de Europa, llena de violencia y de episodios de exclusión. La cultura del diálogo y del respeto mutuo está ahora inscritas en instituciones y culturas, en los modos profundos en que diferentes grupos religiosos viven juntos, en contacto con

minorías étnicas, en el complejo funcionamiento de la democracia política, que crea una cultura de apertura mutua. Y está también inscrito en el corazón de las Iglesias cristianas que ahora tienen un programa total de diálogo ecuménico y se encuentran con otras religiones no cristianas.

En este sentido, la *Charta Oecumenica* revela un compromiso común redescubierto. Podemos decir que este diálogo es uno de los grandes frutos de la cristiandad contemporánea en Europa, que puede ser un don para el mundo. Los encuentros ecuménicos que son ahora una dimensión normal de vida para las Iglesias y las denominaciones cristianas son como una levadura de comunión universal, que puede ser vivida más profundamente y revelada. Los encuentros interreligiosos, especialmente los que han seguido al encuentro de Asís en 1986, revelan claramente cómo es muy apropiado que las religiones más importantes del mundo se encuentren para promover la paz y la unidad de la familia humana.

En un mundo desestabilizado por los conflictos, por la desigualdad económica, por la tragedia del terrorismo, el diálogo y el encuentro se han convertido en una delicada y obligatoria frontera. No hay alternativas. Para que esto suceda es necesario que exista un gran sentido de responsabilidad entre las Iglesias cristianas y entre las gentes de “buena voluntad”, que tiene que ser vivido en amistad y amor. La experiencia de amistad entre los cristianos europeos tiene un gran potencial en un mundo polarizado donde los discursos son como banderas, donde las afirmaciones chocan, donde las gentes se conocen antes de encontrarse por imágenes y prejuicios.

Amistad es el modo en que los cristianos, “expertos en humanidad”, como dijo Pablo VI en su alocución a las Naciones Unidas, viven su responsabilidad. En el marco de la experiencia de amistad entre cristianos, entre gentes de fe, entre éstos y los humanistas, existe un nuevo humanismo que está edificado sobre la solidaridad y el compromiso con la paz.

La *Charta Oecumenica* que reúne estas aspiraciones, es algo que puede ayudar a las Iglesias cristianas de Europa a vivir el compromiso de comunicar el Evangelio con amistad renovada y hacer un mundo más humano. La amistad se con-

vierte –para usar palabras de Juan Pablo II- en un modo humano de “proclamar e introducir en la vida el misterio de misericordia”. Ésta es la tarea que los cristianos europeos deben vivir cada vez más como la levadura de fraternidad y sororidad en el mundo.

VINCENZO PAGLIA